

XI

Cuando nuestros labios se hablan

Si continuamos hablándonos el mismo lenguaje, vamos a reproducir la misma historia. A comenzar de nuevo las mismas historias. ¿Tú no lo notas? Escucha: a nuestro alrededor, los hombres y las mujeres, todo parece igual. Las mismas discusiones, las mismas disputas, los mismos dramas. Los mismos atractivos y rupturas. Las mismas dificultades, imposibilidades de unirse. Mismas... Mismo... Siempre lo mismo.

Si continuamos hablando lo mismo, si nos hablamos como se hablan los hombres desde hace siglos, como nos han enseñado a hablar, nos echaremos de menos. Otra vez... Las palabras pasarán a través de nuestros cuerpos, por encima de nuestras cabezas, para perderse, perdernos. Lejos. Alto. Ausentes de nosotras; maquinadas habladas, maquinadas hablantes. Enfundadas en pieles propias, pero no las nuestras. Volatilizadas en nombres propios. No el tuyo, ni el mío. Nosotras no tenemos. Lo cambiamos del mismo modo que nos intercambian, del mismo modo que con ellos nos usan. Seríamos frívolas por ser tan cambiantes, intercambiadas por ellos.

¿Cómo tocarte si no estás ahí? Tu sangre convertida en su sentido. Ellos pueden hablarse, y de nosotras. ¿Pero nosotras? Sal de su lenguaje. Intenta atravesar de nuevo los nombres que te han dado. Te espero, me espero. Vuelve. No es tan difícil. Te quedas aquí, y no te abstraes en escenas ya interpretadas, en frases ya oídas y redichas, en gestos ya conocidos. En cuerpos ya codificados. Intentas ser cuidadosa contigo. Conmigo. Sin dejarte distraer por la norma, o la costumbre.

Así: *te amo*, normal o habitualmente se dirige a un enigma: a otro. Otro cuerpo, otro sexo. Te amo: no sé muy bien a quién, ni qué. Yo amo fluye, se precipita, se aho-

ga, se quema, se pierde en un abismo. Habrá que esperar el regreso del «yo amo». A veces mucho tiempo, a veces siempre. ¿Dónde se ha metido «yo amo»? ¿Dónde he venido a parar? «Yo amo» acecha al otro. ¿Me ha comido? ¿Rechazado? ¿Atrapado? ¿Abandonado? ¿Encerrado? ¿Expulsado? ¿Cómo es ahora? ¿Ya no es yo? Cuando me dice: *te amo*, ¿me expresa como soy? ¿O es él el que se presenta bajo esa forma? ¿La suya? ¿La mía? ¿La misma? ¿Otra? ¿Pero entonces, dónde he venido a parar?

Cuando dices *te amo* —quedándote aquí, cerca de ti, de mí—, tú dices *me amo*. No tienes que esperar a que te lo expresen, yo tampoco. Yo no te debo nada, tú no me debes nada. Ese *te amo* es sin don ni deuda. Tú no me «ofreces» nada tocándote, tocándome: retocándote a través de mí. Tú no te das. ¿Qué haría yo contigo, conmigo, si nos quedáramos replegadas sobre un don? Tú te/me conservas en la medida en que te/me prodigas. Tú te/me encuentras en la medida en que te/me confías. Esas alternativas, esas oposiciones, esas elecciones, esos mercados no se estilan entre nosotras. Salvo para repetir su comercio, para permanecer en su economía. Donde nosotras no tiene lugar.

Te amo: cuerpo compartido. Sin corte. Sin tú ni yo tajantes. Ni sangre necesariamente derramada o a derramar, entre nosotras. Ni necesidad de herida para acordarnos de que la sangre existe. Fluye en nosotras, de nosotras. La sangre nos es familiar. La sangre: cercana. Eres toda roja. Y tan blanca. Una y otra. No te vuelves roja perdiendo tu candor. Eres blanca porque no estás alejada de la sangre. De nosotras, blancas sin dejar de ser rojas, nacen todos los colores: rosas, castañas, rubias, verdes, azules... Porque esa blancura no lo es de la apariencia. De la sangre muerta. De la sangre negra. La apariencia es negra. Lo absorbe todo, cerrado/a, para tratar de recobrar vida. En vano... La blancura del rojo no se queda con nada. Devuelve tanto como recibe. Luminosa sin autarquía.

Luminosas, nosotras. Sin una, ni dos. Nunca he sabido contar. Hasta ti. Seríamos dos, en sus cálculos. ¿De veras dos? ¿No te hace reír? Qué dos tan raro. Sin embargo no una. Sobre todo no una. Dejemos *el uno* para ellos. El privilegio, la dominación, el solipsismo del *uno*: también del sol. Y esa extraña distribución de sus pares, donde el otro es la imagen del uno. Tan sólo la imagen. De esta suerte, ir hacia el otro viene a ser la atracción de su espejismo. Espejo (apenas) vivo. Helado/a. Mudo/a. Es más fiel. Agotador trabajo de doble, de mimo, en el que se agota el ámbito de influencia de nuestra vida. Condenadas a reproducir. Ese mismo en el que estamos desde hace siglos: los otros.

Ahora bien, ¿cómo decir de otra manera: *te amo*? ¿*Te amo*, mi indiferente? Eso sería someternos a su lenguaje. Para designarnos, nos han dejado las carencias,

los defectos. Su(s) negativo(s). Deberíamos ser –lo que es ya mucho decir– indiferentes.

Indiferente, no pierdas la calma. Si te mueves, perturbas su orden. Haces que todo entre en zozobra. Rompes el círculo de sus costumbres, la circularidad de sus intercambios, de su saber, de su deseo. De su mundo. Indiferente, no debes moverte, ni conmoverte, a no ser que te llamen. Si dicen: «ven», entonces puedes acercarte. Apenas. Adaptándote a la necesidad que tengan o no de la presencia de su imagen. Un paso, o dos. Sin más. Ni exuberancia ni turbulencia. Si no lo rompes todo. El hielo. Su tierra, su madre. ¿Tu vida? Debes fingir: recibirla de ellos. Pequeño receptáculo indiferente, sometida en exclusiva a sus presiones.

Así, pues, nosotras seríamos indiferentes. ¿No te hace reír? ¿Por lo menos así, sin ambages? ¿Indiferentes, nosotras? (Si te echas a reír todo el tiempo y en todas partes, nunca podremos hablarnos. Y seremos v(i)olatilizadas de nuevo con sus palabras. Así que controlemos un poco nuestra boca para intentar hablar.) No diferentes, es verdad. En fin... Sería demasiado sencillo. Y ese «no» nos separa de nuevo para medirnos. Así separadas, dejamos de ser nosotras. ¿Semejantes? Por así decirlo. Es un poco abstracto. No entiendo bien: semejantes. ¿Entiendes? ¿Semejantes respecto a quién? ¿En función de qué? ¿Qué patrón? ¿Qué tercero? Te toco, y basta para saber que tú eres mi cuerpo.

Te amo: nuestros dos labios no pueden separarse para dejar pasar *una* palabra. Una sola palabra que diría tú, o yo. O bien: iguales. La que ama, la que es amada. Ellos dicen –cerrados o abiertos, sin que una cosa excluya nunca la otra– una y otra se aman. Juntos. Para producir una palabra exacta, sería preciso que se mantuvieran separados. Decisivamente separados uno de otro. Distantes uno de otro, y entre ellos *una palabra*.

¿Pero de dónde vendría esa palabra? Toda correcta, cerrada, replegada sobre su sentido. Sin falla. *Tú. Yo*. Puedes reírte... Sin falla, ya no sería ni tú ni yo. Sin labios, dejamos de ser nosotras. La unidad de las palabras, su verdad, su propiedad, es su ausencia de labios. El olvido de los labios. Las palabras son mudas cuando son dichas de una vez por todas. Envueltas propiamente para que su sentido –su sangre– no se escape. ¿Como los hijos de los hombres? No los nuestros. Y, además, ¿tenemos necesidad o deseo de hijos? Aquí y ahora: cercanas. Los hombres, las mujeres, tienen hijos para dar cuerpo a su aproximación, su alejamiento. ¿Pero nosotras?

Te amo, infancia. Te amo, a ti que no eres ni madre (perdona madre, te prefiero como mujer) ni hermana. Ni hija ni hijo. Te amo (y qué me importan cuando te amo las filiaciones de nuestros padres y sus deseos de apariencias de hombres). Y sus ins-

tituciones genealógicas (ni marido ni mujer). Ninguna familia. Ningún personaje, rol o función (sus leyes reproductoras). Te amo: tu cuerpo presente aquí y ahora. Yo/tú te/me tocas, basta para que nos sintamos vivos.

Abre tus labios, no los abras sin más. Yo no los abro sin más. Tú/yo no estamos ni abiertas ni cerradas. Como no nos separamos nunca, sencillamente: no puede pronunciarse *una sola palabra*. Ser producida, salir de nuestras bocas. Entre tus/mis labios varios cantos, varios hablases, siempre se responden. Sin que uno, una, sea nunca separable del/de la otro/a. Tú/yo: siempre forman varios a la vez. ¿Y cómo uno, una, podría dominar al/a la otro/a? ¿Imponiendo su voz, su tono, su sentido? Ellas no se distinguen. Lo que no significa que se confundan. ¿No entienden nada? Ellas tampoco os entienden.

Habla pese a todo. Que tu lenguaje no sea de un solo hilo, de una sola cadena, de una sola trama, es nuestra fortuna. Viene de todas partes a la vez. Tú me tocas toda al mismo tiempo. En todos los sentidos. Un canto, un discurso, un texto a la vez, ¿por qué? ¿Para seducir, colmar, recubrir uno de mis «agujeros»? Yo no los tengo contigo. Las carencias, las oquedades que de la otra esperarían subsistencia, plenitud, completud, no son nosotras. Que seamos mujeres por nuestros labios no quiere decir que comer, consumir, llenarnos, sea lo que nos importa.

Bésame. Dos labios besando a dos labios: lo abierto nos es devuelto. Nuestro «mundo». Y entre nosotras el paso del adentro al afuera, del afuera al adentro es sin límites. Sin fin. Intercambios que ninguna argolla, ninguna boca interrumpen jamás. Entre nosotras, la casa ya no tiene muros, el claro cercado, el lenguaje de circularidad. Me besas: el mundo es tan grande que pierde todo horizonte. ¿Insatisfechas nosotras? Sí, si significa que no estamos terminadas. Si nuestro placer consiste en movernos, conmovernos, sin cesar. Siempre en movimientos: lo abierto no se agota ni se satura.

Decir varias a la vez no nos lo han enseñado ni permitido. Eso no es hablar correctamente. Desde luego, podíamos —¿debíamos?— exhibir alguna «verdad» sintiendo, reteniendo, callando alguna otra. ¿Su envés? ¿Su complemento? ¿Su resto?, permanecía oculto. Secreto. Fuera y dentro, no teníamos que ser iguales. No conviene a su deseo. Velar, revelar, ¿no es lo que les interesa? ¿Lo que les afana? Repitiendo siempre la misma operación. Cada vez. Sobre cada una.

Así, pues, tú/yo se desdobla para agradarles. Pero divididas así en dos —una fuera, otra dentro—, ya no te besas, ya no me besas. Fuera, intentas adecuarte a un orden que te es ajeno. Exiliada de ti, te confundes con todo lo que se te presenta. Imi-

tas todo cuanto se te acerca. Devienes todo lo que te toca. Ávida de encontrarte, te alejas indefinidamente de ti. De mí. Asimilándote modelo tras modelo, pasando de un amo a otro, cambiando de figura, de forma, de lenguaje en función de quien te domina. Separada(s). A fuerza de dejar que abusen de ti, impasible travestida. Ya no regresas: indiferente. Regresas: impenetrable, cerrada.

Háblame. ¿No puedes? ¿Ya no quieres? ¿Quieres abstenerte? ¿Permanecer muda? ¿Blanca? ¿Virgen? ¿Reservarte la de dentro? Pero ella no existe sin la otra. No te desgarras así en función de las elecciones que te vendrían impuestas. No hay, *entre nosotras*, ruptura entre virgen y no virgen. No hay acontecimiento que nos haría mujeres. Mucho antes de tu nacimiento, te tocas, inocente. El sexo de tu/mi cuerpo no nos viene dado por una operación. Por la acción de un poder, de una función, de un órgano. Sin intervención ni manipulación particular, tú ya eres mujer. Sin recurso necesario a un afuera, la otra ya te afecta. Inseparable de ti. Tú estás, siempre y en todas partes, alterada. Tal es tu crimen, que no has cometido: perturbas su amor de la propiedad.

¿Cómo decirte que tu goce es sin mal posible, ajeno al bien? Que la culpa sólo puede sobrevenir cuando, arrebatada a tu falla, ellos pueden inscribir sus posesiones, practicar sus fracturas, aventurar sus infracciones, transgresiones sobre ti, cerrada... Y otros juegos de ley. En los que especulan –¿y tú?– sobre tu blancura. Si nos prestamos a ello, dejamos que abusen de nosotras, que nos maltraten. Distantes, indefinidamente, de nosotras, para sostener la búsqueda de sus fines. Tal sería nuestra tarea. Si nos sometemos a su razón, somos culpables. Sus cálculos –deliberados o no– consisten en hacernos culpables.

Regresas, compartida: ya no hay nosotras. Te divides en rojo y blanco, negro y blanco, ¿cómo encontrarnos? ¿Retocarnos? Fragmentadas, partidas, terminadas: nuestro goce queda suspendido en su economía. Donde ser virgen equivale a no estar aún marcada por y para ellos. A no ser aún mujer por y para ellos. A no estar aún impregnada de su sexo, de su lenguaje. A no estar aún penetrada, poseída por ellos. A permanecer en un candor que sería una espera de ellos, una nada sin ellos, un vacío sin ellos. Ser virgen: el futuro de sus intercambios, comercios y transportes. La reserva de sus exploraciones, consumos, explotaciones. Lo por venir de su deseo. No del nuestro.

¿Cómo decirlo? Que de inmediato somos mujeres. Que no tenemos que ser producidas tales por ellos, nombradas tales por ellos, consagradas y profanadas tales por ellos. Que siempre ha ocurrido de antemano, sin su trabajo. Y que su(s) historia(s) constituyen el lugar de nuestra deportación. No porque tengamos un terri-

torio propio, sino porque su patria, familia, hogar, discurso, nos aprisionan en espacios cerrados en los que no podemos continuar moviéndonos. Viviéndonos. Sus propiedades son nuestro exilio. Sus cercas la muerte de nuestro amor. Sus palabras, la mordaza de nuestros labios.

Cómo hablar para salir de sus compartimentaciones, divisiones por zonas, distinciones, oposiciones: virgen/desflorada, pura/impura, inocente/enterada... Cómo zafarnos del encadenamiento a esos términos, liberarnos de sus categorías, prescindir de sus nombres. ¿Librarnos, vivas, de sus concepciones? Sin reserva, sin blanco immaculado que sostenga el funcionamiento de sus sistemas. Sabes bien que nunca estamos terminadas, sino que sólo nos besamos enteramente. Que unas partes tras otras –del cuerpo, del espacio, del tiempo– interrumpen el flujo de nuestra sangre. Nos paralizan, nos coagulan, nos inmovilizan. Más pálidas. Casi frías.

Espera. Mi sangre regresa. De su sentido. Vuelve a hacer calor en nosotras. Entre nosotras. Sus palabras se vacían. Exangües. Pielles muertas. Mientras que nuestros labios recobran su color rojo. Se mueven, se conmueven, quieren hablar. ¿Qué decías? ¿Qué? Nada. Todo. Sí. Ten paciencia. Lo dirás todo. Empieza por lo que sientes, aquí, de inmediato. La toda ha de llegar.

Pero no puedes anticiparlo, preverlo, programarlo. La toda no es proyectable. Controlable. Es todo nuestro cuerpo lo que se conmueve. Ninguna superficie resiste. Ninguna figura, línea o punto permanecen. Ningún suelo subsiste. Pero tampoco abismo alguno. La profundidad, para nosotras, no es una sima. Sin corteza sólida, no hay precipicio. Nuestra profundidad: el espesor de nuestro cuerpo, toda que se retoca. Sin encima debajo, derecho revés, delante detrás, arriba abajo aislados. Alejados, fuera de contacto. Toda entremezclada. Sin fracturas ni rupturas.

Si tú/yo vacilamos en hablar, ¿no es porque tenemos miedo de no hacerlo bien? ¿Pero qué sería bien o mal? ¿A qué nos adecuaríamos hablando «bien»? ¿Qué jerarquía, subordinación, nos vejaría allí? ¿Nos vencería allí? ¿Qué pretensión de educarnos en un discurso más válido? La erección no es asunto nuestro: estamos tan bien en las playas. Tenemos tantos espacios para compartir entre nosotras. El horizonte, para nosotras, nunca habrá terminado de dibujarse, siempre abiertas. Extensas, sin dejar de desplegar nosotras nunca, tenemos tantas voces que inventar para decir nosotras por todas partes, incluso nuestras fallas, que no bastará todo el tiempo del mundo. Nunca habremos realizado nuestro recorrido, nuestro contorno: no tenemos tantas dimensiones. Si quieres hablar «bien», te aprietas, te vuelves más estrecha ascendiendo. Estirándote, extendiéndote más arriba, te alejas de lo ilimitado de tu cuerpo. No te erijas, nos abandonas. El cielo no está allí arriba: está entre nosotras.

Y no te crispes por la palabra «justo». No hay tal. No hay verdad entre nuestros labios. Todo tiene lugar para existir. Todo vale la pena de ser intercambiado, sin privilegio ni rechazo. ¿Intercambiado? Todo se intercambia, pero sin comercio. Entre nosotras, no hay propietarios ni compradores, no hay objetos determinables ni precios. Nuestros cuerpos se acrecientan con nuestros goces comunes. Nuestra abundancia es inagotable: no conocemos ni escasez ni riquezas. Entregándonos todo/a sin reserva y sin acaparamiento, nuestros intercambios son sin términos. ¿Cómo decirlo? El lenguaje que conocemos es tan limitado.

¿Hablar por qué, me dirás? Sentimos las mismas cosas al mismo tiempo. ¿No te bastan mis manos, mis ojos, mi boca, mis labios, mi cuerpo? ¿No es bastante lo que te dicen? Podría responderte: sí. Pero eso sería demasiado sencillo. Dicho a la ligera para tranquilizarte/nos.

Si no inventamos un lenguaje, si no encontramos su lenguaje, nuestro cuerpo tendrá demasiados pocos gestos para acompañar nuestra historia. Nos cansaremos de los mismos, dejando nuestro deseo en latencia, en sufrimiento. Adormecidas, insatisfechas. Y entregadas a las palabras de los hombres. Las cuales, ellos, saben desde hace mucho tiempo. Pero *no nuestro cuerpo*. Seducidas, atraídas, fascinadas, extasiadas por nuestro devenir, nos quedaremos paralizadas. Privadas de *nuestros movimientos*. Paralizadas, mientras que estamos hechas para el cambio sin descanso. Sin saltos ni caídas necesarias. (Y sin repetición.)

Continúa, sin estancarte. Tu cuerpo no es el mismo hoy que ayer. Tu cuerpo se acuerda. No hay necesidad de acordarte. De conservar, contar, capitalizar ayer en tu cabeza. ¿Tu memoria? Tu cuerpo dice ayer en lo que quiere hoy. Si piensas: ayer era, mañana seré, piensas: estoy algo muerta. Sé lo que devienes, sin agarrarte a lo que habrías podido ser, a lo que podrías ser. Sin estar jamás fija(da). Dejemos lo decisivo a los indecisos. No tenemos necesidad de lo definitivo. Nuestro cuerpo, presente aquí y ahora, nos da una certidumbre completamente distinta. La verdad es necesaria para aquellos que se han alejado tanto de su cuerpo que lo han olvidado. Pero su «verdad» nos inmoviliza, resueltas como estatuas, si no nos desprendemos de ella. Si no deshacemos su poder intentando decir, aquí y allá de inmediato, cómo nos hemos turbado.

Te mueves. Nunca te quedas tranquila. Nunca te quedas. Nunca eres. ¿Cómo decirte? Siempre otra. ¿Cómo hablarte? Permaneciendo en el flujo, sin coagularlo jamás. Congelarlo. ¿Cómo hacer que esa corriente pase a las palabras? Múltiple. Sin causas, sentidos, cualidades simples. Y sin embargo indescomponible. Esos movimientos que el recorrido de un punto desde un origen a un fin no describe. Esos ríos, sin mar única y definitiva. Esos afluentes sin riberas persistentes.

Ese cuerpo sin bordes irrevocables. Esa movilidad, sin interrupción. Esa vida. Lo que tal vez llamen nuestras agitaciones, nuestras locuras, nuestros fingimientos o nuestras mentiras. Tan ajeno sigue siendo todo ello a quienes pretenden basarse en lo sólido.

Habla pese a todo. Entre nosotras, lo «duro» no es de rigor. Conocemos bastante los contornos de nuestros cuerpos para amar la fluidez. Nuestra densidad prescinde de lo tajante, de la rigidez. Nuestro deseo no se inclina hacia lo cadavérico.

¿Pero cómo no morir cuando estemos lejos una de otra? Es nuestro riesgo. ¿Cómo esperar a que vuelvas si, distante, no puedes estar también cercana? Si algo todavía sensible recuerda, aquí y ahora, el tocar de nuestros cuerpos. Abiertas al infinito de nuestro alejamiento, encerradas en la nada tangible de la ausencia, ¿cómo continuar viviéndonos? No dejarnos, de nuevo, volatilizarnos en su lenguaje. Incorporadas de luto. Es preciso aprender a hablarnos para que también podamos besarnos a distancia. Sin duda, retocándome me acuerdo de ti. Pero tantas palabras son pronunciadas, nos pronuncian, que nos separan.

Inventemos rápido nuestras frases. No paremos de besarnos en todas partes y todo el tiempo. Somos tan sutiles que ningún obstáculo se resistirá, nada podrá impedir que nos reunamos, aun fugitivas, si encontramos medios de transmisión que tengan *nuestra* densidad. Atravesaremos todo, imperceptibles, sin desbaratar nada, para encontrarnos. Nadie verá nada. Nuestra fuerza es nuestra débil resistencia. Ellos saben desde hace mucho tiempo lo que vale nuestra flexibilidad para sus apretones, sus huellas. ¿Por qué no la utilizamos entre nosotras? En lugar de dejarnos someter por sus marcas. Fijadas, estabilizadas, inmovilizadas. Separadas.

No llores. Llegará un día en el que nos digamos. Y lo que nos diremos será aún más bello que nuestras lágrimas. Todas fluidas.

Ya está, te transporto conmigo a todas partes. No como un hijo, una carga, un peso. Aun amado, aun precioso. Tú no eres *en mí*. No te contengo ni te retengo: en mi vientre, mis brazos, mi cabeza. Ni mi memoria, mi mente, mi lenguaje. Tu estás ahí, como la vida de mi piel. La certidumbre de existir antes de toda apariencia, todo revestimiento, toda denominación. La seguridad de vivir porque tu redoblas mi vida. Lo que no quiere decir que tú me des o subordines la tuya. Que vivas hace que me sienta vivir, con la condición de que no seas mi réplica ni mi imitación.

¿Cómo decir de otra manera: no somos sino por dos? Vivimos por dos antes de los espejismos, de las imágenes. De los espejos. Entre nosotras, una no es la «verdadera», la otra su copia, una el/la original, la otra su reflejo. Nosotras que podemos

ser tan perfectamente simuladoras en su economía, nos relacionamos una con otra sin simulacro. Nuestra semejanza prescinde de la apariencia: mismas ya en nuestro cuerpo. Tócate, tócame, vas a «ver».

No hay necesidad de componernos una segunda figura de cristal para ser «por duplicado». Repetirnos: una segunda vez. Antes de toda representación, somos dos. Deja acercarse a esas dos que tu sangre ha hecho, que mi cuerpo te recuerda, vivas. Tienes siempre la belleza conmovedora de una primera vez si no te petrificas en reproducciones. Siempre estás turbada por primera vez si no te inmovilizas en alguna forma de retorno.

Sin modelo, patrón, ni ejemplo, nunca nos damos orden, mandato, prohibición. Que nuestros imperativos no sean más que llamadas a movernos: juntas. No dicte-mos jamás la ley, la moral. La guerra. No tengamos razón. Ni derecho para criticarte/me. Si tú/yo juzgo, nuestra existencia se interrumpe. Y lo que amo en ti, en mí, en nosotras ya no tiene lugar: el nacimiento nunca consumado, el cuerpo nunca producido de una vez por todas, la figura nunca definitivamente acabada, el rostro siempre por modelar aún. Los labios nunca abiertos o cerrados sobre una verdad.

La luz, para nosotras, no es violenta. Mortal. El sol, para nosotras, no sale ni se pone sin más. El día y la noche se mezclan en nuestras miradas. Nuestros gestos. Nuestros cuerpos. No tenemos sombra en sentido estricto. No hay peligro, entre nosotras, de que una u otra sea un doble más oscuro. Quiero permanecer nocturna, y retocar en ti mi noche. Suavemente luminosa. Y por encima de todo no te imagines que te amo brillante como un faro. Dominando, altiva, lo que te rodea. Separar la luz de la noche equivale a renunciar a la ligereza de nuestra mezcla. A endurecer los heterogéneos que nos hacen tan continuamente toda(s). A dividirnos mediante compartimentos estancos, a disociarnos en partes, a cortarnos en dos, y más. Mientras que somos siempre una y otra, al mismo tiempo. No podemos distinguarnos así. Sin dejar de nacer: toda(s). Sin más límites ni bordes que los de nuestros cuerpos movientes.

Y no podemos dejar de hablarnos más que bajo el efecto, para nosotras demasiado restrictivo, de un reloj. No te preocupes. Yo continuo. Bajo todas las coacciones de espacios y de tiempos fabricados, yo –sin cesar– te beso. Que otros nos hagan fetiches para separarnos, es asunto suyo. No nos dejemos inmovilizar en esas imitaciones.

Y si, tantas veces, insisto: *no, ni, sin...* es para recordarte, recordarnos, que sólo nos tocamos desnudas. Y que, para encontrarnos así, tenemos mucho de lo que des-

nudarnos. Tantas representaciones, y apariencias, nos alejan a una de otra. Nos han disfrazado tanto tiempo conforme a su deseo, nos hemos engalanado tantas veces para complacerles que nos hemos olvidado de nuestra piel. Fuera de nuestra piel, permanecemos distantes. Tú y yo separadas.

¿Tú? ¿Yo? Ya es mucho decir. Zanzar demasiado entre nosotras: toda(s).